

tud con tanta contrición y fervor, que muchas personas, que, al pasar por su celda, la oían llorar y suspirar, no podían ménos de llorar y suspirar con ella. Al fin durmió el sueño de los justos, y en su rostro brilló un esplendor celestial, que obligó á todos los presentes á glorificar al Señor. Como tenia siete años cuando su tío se encargó de ella, y vivió veinte años en la piedad: como estuvo dos años en su pecado, y durante otros quince años continuó su penitencia, siguese que tenia cuarenta cuando murió en 375 ó 376. Los griegos celebran la fiesta de san Abraham y de su sobrina el 29 de octubre, y en el Martirologio romano se asigna al 16 de Marzo.

SAN AFRAATO, SOLITARIO EN EDESA Y DESPUES EN ANTIOQUIA ¹.

La gracia y la misericordia de Jesucristo brillan de una manera especial en san Afraato, al separarlo del seno del paganismo para hacerlo uno de los más ilustres solitarios, que florecieron en su tiempo, tanto en Edesa como en Antioquía. Era natural de Persia, de una familia muy ilustre, pero idólatra, y aún de raza de magos, es decir, de los maestros de la idolatría, y por consiguiente, de los más enemigos de la religión cristiana. La educación que recibió era conforme á la impiedad que sus padres profesaban; pero tuvo la dicha de abrir sus ojos á la verdad y de abrazarla con tanto ardor, que se consagró enteramente á seguir las máximas de la más estrecha perfección.

¹ Teodoreto, Vita PP.



Imp. de l'Imprimerie de M. Thiers

Gravé par Thiers

Table 5

San Afraate.
St. Aphraate.

Para ello abandonó su patria sin cuidarse del esplendor de su casa, y como había preferido [la fé al error, prefirió también la pobreza evangélica á la opulencia que hubiera podido gozar en el mundo. « Quiso mejor, dice Teodoreto, habitar en tierra extranjera que morar con los de su nación, que profesaban dogmas detestables. Se retiró primeramente cerca de Edesa en la Mesopotamia, en donde habiendo encontrado una casilla fuera de la ciudad, se encerró en ella con santo gozo, y emprendió un santo y generoso combate contra sus pasiones, trabajando incesantemente, como hábil jardinero, en arrancar de su alma las espinas del vicio, y en cultivarla con santas prácticas, á fin de presentar á Jesucristo abundantes y sazonados frutos de virtud. »

Dice Teodoreto que pasó despues á Antioquía, agitada á la sazón por la tempestad de las herejías. Como esta ciudad se encontraba en tan triste estado desde que fué desterrado san Eustaquio en 331 hasta la muerte del emperador Valente acaecida en 378, no puede precisarse la fecha en que el Santo se trasladó á ella. Es de creer, no obstante, que fué bajo á reinado de Juliano el Apóstata y ántes de Joviano, que reinó muy poco tiempo, á lo ménos, estaba allí ántes que Valente empezase á perseguir á los católicos.

Al llegar, se estableció cerca de la ciudad. Aprendió la lengua griega, pues no sabia más que la de su país, y en poco tiempo se halló en disposición de hacerse entender y de hablar de Dios con la abundancia de gracia de que el Espíritu Santo había llenado su alma, verificándose en él, dice Teodoreto, este oráculo del Apóstol: *Soy tosco en el lenguaje, pero no en el saber*¹. En efecto por más que la mezcla que hacía de su lengua natural con lo que sabia de la griega, hacía semi bárbaro su lenguaje, se dejaba enten-

¹ II Cor. xi, 6.

der con tanta claridad, y explicaba tan perfectamente los pensamientos que sacaba de la fuente misma de la verdad, que todos se apresuraban á oír sus discursos llenos de la más sólida piedad. Y no sólo el pueblo, sino los magistrados, los militares, los sabios y personajes de las más elevadas categorías venían á escucharle, unos guardando el más absoluto silencio para no perder nada de sus saludables consejos, y haciéndole otros preguntas, que le daban ocasión para glorificar á Dios y edificar á los asistentes.

Habíase constituido como regla inviolable el que sólo los hombres entrasen en su celda, hablando con las mujeres fuera de la puerta. No consintió que ninguna persona viviese con él, ni aún en caso de necesidad, alegando como razón que no quería ser servido de nadie. Jamás recibió pan ni otro alimento, ni vestidos más que de un amigo que le proporcionaba lo necesario, que por cierto era en muy pequeña cantidad, pues sólo comía un poco de pan á la caída de la tarde, y en su vejez añadió algunas yerbas.

Habiendo regresado de una embajada á Persia, Antemo, que más tarde, en 405, fué prefecto, uno de los magistrados más ilustres y estimados de su tiempo, le trajo una túnica, y para obligarle á aceptarla, le dijo: « Padre mio, vos sabeis que es muy natural el amor de la patria, y muy agradables los frutos que produce; hé aquí que este hábito que os traigo está hecho en Persia, y os ruego que lo acepteis dándome vuestra bendición. » — Lo tomó, lo puso sobre su asiento, y despues de hablar de otros asuntos, le dijo que le causaba mucha pena una cosa, no sabiendo á que determinarse.

Preguntóle Antemo que era lo que tanto le afligia, y el Santo le respondió: « Hace tiempo que me he impuesto como ley el no tener más que un solo compañero, y éste vive conmigo hace seis años; pero ha venido otro de mi

pais, y pretende con instancia que le admita, despidiendo al otro. No tengo motivo alguno para separarme de él, y me parece muy duro hacerlo despues de haberle tenido tanto tiempo á mi lado. Esto embarga mi espíritu, y me tiene apenado. — Teneis mucha razón, Padre mio, dijo Antemo, que no sospechaba á lo que el Santo se refería : pues ¿ como es posible que dejéis al que durante tanto tiempo os ha servido, sin haber cometido falta alguna, para recibir á otro, cuyas costumbres desconoceis, y sin otro motivo que el ser de vuestro pais ? »

« Dispensadme, dijo entónces Afraato, que no admita el hábito que habeis traído de mi pais, pues no siendo costumbre tener dos, me hallo contento con el que tengo, y comprendereis que no hay motivo para dejarlo y tomar el que me ofreceis. » — Antemo admiró la manera ingeniosa de que se habia valido para no aceptar su presente, y nada pudo replicarle.

Sigámosle en los trabajos que tuvo que sufrir en defensa de la fé católica. El emperador Valente, sostén de los arianos, volvió sus armas contra los católicos, aún cuando eran sus más fieles súbditos, miéntras que dejaba impunemente que los Escitas y otros bárbaros hiciesen correrías por tierras de su imperio ; la diócesis de Antioquía fué una de las que más sufrieron el rigor de la persecución. No sólomente desterró á su Pastor, como ya habia hecho en otras iglesias, sino que prohibió que se congregasen los fieles.

Viendo san Afraato que los católicos necesitaban de auxilio, dejó su retiro : se unió á Flaviano y á Diodoro, dos poderosas columnas de la iglesia de Antioquía en ausencia de san Melecio, su obispo, que se hallaba desterrado, y se consagró á combatir con la espada de la fé, es decir, con las palabras de los Libros santos, así como con sus milagros y con la santidad de su vida, el error de Ario, soste-

nido por los poderosos del siglo. Por todas partes se manifestaba como un defensor intrépido para animar y fortalecer á los fieles. Envió también, de acuerdo con Flaviano y Diodoro, á Acacio de Berea, para que hiciese venir á san Juliano Sabas, y tomara parte en la defensa de la verdad.

No le intimidó la presencia del emperador, que á la sazón se hallaba en Antioquía ; antes por el contrario, tuvo ocasión de hablarle, y lo hizo con la entereza de un varon verdaderamente apostólico. Hé aquí en sustancia, como expone Teodoreto este hecho. Habiendo ido Afraato hacia la parte del rio, que era el lugar en que se congregaban los católicos, se lo participaron al emperador, el cual le mandó acercarse, y le dijo : « ¿ A donde vas con tanta precipitación ? — Voy, respondió el Santo, á orar por todo el mundo, y especialmente por el imperio. — ¿ Como es, replicó el emperador, que profesando la vida solitaria, en lugar de vivir en vuestra celda, vais á las asambleas públicas ? — Príncipe, respondió el santo varón, si yo fuese una doncella encerrada en una celda, y se hubiese prendido fuego á la habitación de mi padre, ¿ me aconsejariais que permaneciese quieto, y que la dejase consumir por las llamas ? — No, indudablemente. — Pues yo hago por la casa de Dios lo que, según vuestra confesión, haria esta doncella por la de su padre. Habeis prendido fuego á la casa del Señor, que es nuestro padre, y yo dejo mi retiro para ayudar á extinguirlo. No lleveis, pues, á mal el que haya dejado mi soledad por una causa tan legítima, y culpaos á vos mismo de haber causado este incendio. Obrando, como yo lo hago, léjos de faltar á mi profesión, imito á los buenos pastores que reunen sus rebaños y los alimentan con los celestiales pastos de la piedad.

Callóse el emperador, pareciendo dar á entender con su silencio que no desaprobaba una contestación tan sabia y racional ; pero uno de sus eunucos empezó á vomitar contra

el Santo mil injurias, y le amenazó con matarle. No tardó, sin embargo, mucho tiempo este adulator en experimentar el castigo de su insolencia, pues habiéndole mandado el emperador que preparase el baño, le dió un vértigo que le hizo caer en una caldera de agua hirviendo, y murió sin que nadie pudiera favorecerle.

Viendo Valente que no volvía el esclavo, envió á un oficial para que averiguase la causa de la tardanza, y no habiéndole encontrado, salieron otros muchos con el mismo fin, hasta que, por último, se le encontró muerto en la caldera.

Apénas llegó la noticia á la ciudad, todos sus habitantes se apresuraron á dar gracias á Dios, que de una manera tan patente habia vengado las injurias que este desgraciado Eunuco habia inferido á san Afraato. Los mismos arianos y hasta el emperador quedaron admirados, y con este motivo suspendió este príncipe la orden de destierro que habia dictado, y no prestando oídos á los que contra él le aconsejaban, comenzó á respetar su virtud; pero no por eso se convirtió, como tampoco lo hizo cuando el Santo curó milagrosamente uno de sus más hermosos caballos. Así es que no pudo escapar á la venganza divina; pues habiendo perdido la batalla contra los griegos, en la cual quedó herido, y no pudiendo huir, se refugió en una casa de campo, á la que pusieron fuego los bárbaros, sin saber que el emperador estaba en ella. De esta manera trágica murió este perseguidor de la Iglesia juntamente con su servidumbre, entre la cual se hallaba el mayordomo de palacio, uno de los más furiosos arianos, y que constantemente le habia animado á perseguir á los católicos. Ya tendremos ocasión de exponer más detalladamente este hecho, cuando hablemos de un solitario llamado Isaac, que vivía cerca de Constantinopla.

Devuelta la paz á la Iglesia con la muerte de este prin-

cipe, volvió san Afraato á su retiro, en donde continuó sus ejercicios de piedad y penitencia, sin dejar de hacer, como dice Teodoreto, muchos milagros. Este historiador se contenta con hacer mención de dos solamente, obrándose el primero de ellos en favor de una distinguida señora, que se hallaba sumamente afligida de que su marido prefería al amor que ella le profesaba el de otra miserable mujer. Et Santo rogó por ella y por su marido: le dijo que se ungiese con aceite bendito, y se consiguió el fin que se deseaba. Fué el segundo, que, habiendo invadido la campiña una nube de langostas, vino á suplicarle que orase por él un hombre muy piadoso, pero que no contaba más que con un pedazo de tierra para el sustento de su familia. El Santo le dió agua bendita para que la derramase sobre su campo, el cual se vió rodeado por todas partes de los destructores insectos, sin que ni uno solo penetrase en él.

Dice Teodoreto que, siendo aún muy jóven, lo llevó su madre ante su presencia, para que le diese su bendición. El Santo debia ya ser muy anciano, pues lo era ya en tiempo del emperador Valente, hacia el año 375. Fué enterrado en la iglesia de los mártires, situada en uno de los barrios de Antioquía, en donde reposaban las reliquias de san Julián, mártir. Los griegos celebran su fiesta el 29 de enero, y el Martirologio Romano hace memoria de él en 7 de abril.